

CXVII.

»Un dia que exhortando al pueblo estaba,
Fingen entre la gente alarma y ruido:
Ya en este tiempo Dios le decretaba
Ser al cielo entre palmas ascendido.
La multitud de piedras que volaba
Da en el Santo, de hinojos ofrecido;
Y uno, por acabarle más de priesa,
Con fiera lanza el pecho le atraviesa.

CXVIII.

»Indo y Ganges, Tomás, te están gimiendo:
Te lloró todo el suelo que pisaste,
Y las almas aun más que ibas vistiendo
Del color de la fe que las mostraste.
Mas cantando los coros y riendo
Te admiten en la gloria que ganaste:
Rogámoste que á Dios pidas ferviente
Por la salud de tu Lusiana gente.

CXIX.

»Y vosotros que el título quisisteis
De ser, como Tomás, por Dios mandados,
Si eso es cierto, decid, ¿cómo vivisteis
Sin llevar la fe santa á esos Estados?
Aunque ostengais por puros, no cumplisteis,
Que en la patria en que no hay profetas dados,
¿Con qué se limpiarán en nuestros dias
(No hablo de infieles) tantas herejías?

CXX.

»Mas dejemos materia peligrosa,
Y á la costa volvamos dibujada.
Ya con esa ciudad rica y hermosa,
Se encorva la Gangética enseñada:
Baña á Narsinga noble y poderosa,
Y á Orixá, por sus telas afamada:
De esa enseñada al fondo, el santo rio
Se lanza en el salado señorío.

CXXI.

»El Ganges es, y en él sus pobladores
Se lavan al morir, con la certeza
Que por más que se juzguen pecadores
Esta agua celestial les da pureza.
Ve á Cathigon, ciudad de las mejores
Del Bengalés, que de abundante ampleza
Se precia, pero puesta aquí la mira,
Donde al Austro la costa se revira.

CXXII.

»Mira á Tavay, ciudad en donde empieza
De Sion el imperio dilatado:
Tenassári, y Quedá, que es la cabeza
De las que la pimienta han cultivado.
Más adelante hareis de esa riqueza
Centro á Malaca, emporio celebrado,
Dó toda la provincia del mar grande
Sus esquisitas mercancías mande.

CXXIII.

»Dicen que de esta tierra la potente
Furia del mar entrante dividiera
La noble isla Samátra, y que la gente
En más remota edad juntas las viera.
Llamose Quersoneso, y del luciente
Oro en filon que el suelo produjera,
El epíteto de áureo le pusieron,
Y algunos que el Ofir fuese creyeron.

CXXIV.

»En la punta verás de Singapura
Que paso más estrecho al mar se fije:
De allí la costa, vuelta á Cinosura,
Se encorva y recta hacia la Aurora rige.
Ve á Pantane y á Pám, y la largura
De Sion, que á esos reinos los dirige:
Mira el río Menon, que se derrama
Del grande lago, que Quiamái se llama.

CXXV.

»Ve, en esta gran region, los diferentes
Nombres de mil naciones no sabidas:
Los Laos, en tierra y número potentes,
Bramas y Avas, con sierras estendidas.
Ve en los montes lejanos otras gentes
Llamadas Guéos, de salvajes vidas,
Que comen carne humana (bestial yerro)
Y ornan la suya con ardiente fierro.

CXXVI.

»Ve pasar por Camboya al Mecom, río
Que de las aguas capitan se siente:
Tantas de otro recibe en el estío,
Que inunda el campo, fiero en su creciente:
Igual en eso imita al Nilo frío:
Cree en su bruta ignorancia aquella gente
Que tiene pena y gloria, así que pase,
Todo animal de toda suerte y clase.

CXXVII.

»Acogerá ese suelo pio y blando,
En su regazo, el canto humedecido
En el naufragio triste y miserando,
De escollos procelosos perseguido,
De grandes hambres y peligros, cuando
El mandato cruel será cumplido
Contra aquel, cuya lira sonora
Será más afamada que dichosa.

CXXVIII.

»Ve allí la costa que Campá se llama,
De olorosas maderas revestida,
Y á Cauchichina ve, de oscura fama,
Y de Ainon la ensenada no sabida.
Aquí es el grande imperio, que se afama
Con tierras y riqueza que mal cuida,
De la China, que ocupa el señorío
Desde el trópico ardiente al Cinto frío.

CXXXIX.

»Ve la muralla inmensa no creída,
Que un gran imperio de otro ha separado,
Cierta señal y prueba conocida
De muy rica potencia y regio Estado.
La real progenie en esos no es nacida
Para reinar, ni el trono es heredado,
Sino que á aquel eligen que es famoso
Por caballero, sabio y por virtuoso.

CXXX.

»Aun mucha tierra á tu mirar se esconde
Hasta que el tiempo venga de mostrarse:
Mas no dejes del mar las islas, donde
Quiso naturaleza señalarse:
Esta, medio escondida, corresponde
A la China, y de allí viene á buscarse:
s Japon, que produce plata fina,
Y á la que ha de ilustrar la ley divina.

CXXXI.

»Mira allí por los mares del Oriente
Las infinitas islas derramadas:
Ve á Tidor y Ternate, con su hirviente
Cumbre, que arroja llamas onduladas;
Y las plantas verás del clavo ardiente
Con sangre Portuguesa conquistadas:
Las áureas aves viven en su cielo,
Y se ven, solo muertas, en el suelo.

CXXXII.

»Ve las islas de Banda, que se esmaltan
De la color que pinta el rojo fruto,
Y las variadas aves que allí saltan,
Cobrando á la nuez verde su tributo:
Ve á Borneo también, donde no faltan
Lágrimas del humor cuajado, enjuto,
Del árbol que Camphor es nominado,
Que de la Isla el suelo hace afamado.

CXXXIII.

»También allí es Tidor, que el palo manda
Saludable de sándalo oloroso:
A Sunda ve, tan lejos, que una banda
Esconde paso al Sur dificultoso:
La gente activa que las tierras anda
Dice que un rio tiene milagroso,
Que por dó el agua propia suya trae,
Convierte en piedra el palo que en él cae.

CXXXIX.

»Ve la que tornó en isla el tiempo iroso,
Que también llama trémula evapora:
La fuente que óleo da, y el prodigioso
Balsámico licor, que el tronco llora
Más que cuanto destila de oloroso
Ciniras en la Arabia donde mora;
Y ve que de las otras el tesoro
Tiene junto, y añade seda y oro.

CXXXV.

»Ve, en Ceilan, cómo el monte se levanta
Que de las nubes hiende el aire vano,
Y cuál muestra pasar por cosa santa
La piedra que desgasta el paso humano:
En las Islas Maldivas ve la planta,
En el fondo del agua árbol galano,
Cuyo fruto, al veneno más urgente
Se tiene por antídoto escelente.

CXXXVI.

»Mira al frente del Rojo mar confusa
Socotorá con sus Alóes famosa,
Y otras más islas de la gente Lusa,
En la costa del África arenosa:
De dó sale de aroma la profusa
Masa, á todos incógnita y preciosa:
De San Lorenzo ve la Isla afamada,
Madagascar de algunos nominada.

CXXXVII.

»Ve aquí las nuevas partes del Oriente,
Por las que el mundo ahora os viene estrecho,
La puerta abriendo al vasto mar patente,
Que navegais con tan heróico pecho.
Mas tambien es razon que en el Poniente,
De un Lusitano conozcais un hecho,
Que al darse de su Rey por agraviado,
Un camino ha de abrir jamás sulcado.

CXXXVIII.

»Mira la grande tierra que continua
Va de Calixto á su contrario polo,
Que hará soberbia la luciente mina
Del metal del color del rubio Apolo.
Castilla, vuestra amiga, será dina
De someterla á su coyunda solo:
Provincias tiene de diversas gentes,
En costumbres y ritos diferentes.

CXXXIX.

»Pero tendreis tambien, allí en su anchura,
Tierra, por el bermejo palo, nota:
El nombre la pondreis de la cruz pura,
Pues ha de descubrirla vuestra flota:
Si bien al largo de esa costa dura
Buscando irá la parte más remota
Magallanes que, Luso por la gloria,
Mas no por la lealtad, dirá la historia.

CXL.

»Cuando pasar más que mi concha vea,
Que de línea al Antártico declina,
Hallará de estatura gigantéa
Hombres en la alta tierra allí vecina;
Y más allá el estrecho, que se arrea
Hoy con su claro nombre, el cual camina
Para otro mar y tierra, que está donde
Austro en sus alas frígidas la esconde.

CXXI.

»Hasta aquí, Portugueses, concedido
Os ha sido el saber futuros hechos,
Que por el mar, que ya dejais vencido,
Vendrán á hacer varones de altos pechos.
Y ahora, pues, lograis, por el sufrido
Árduo trabajo, uniros tan estrechos
A las ninfas y cándidas esposas
Que coronas os tejen muy gloriosas:

CXXII.

»Embarcaros podeis, que teneis viento,
Y blando el mar, para la patria amada.»
Así les dice: y luego en movimiento
Se ponen en la alegre isla encantada:
Amplios llevan refrescos y alimento:
Y, en fin, la compañía deseada
De aquellas que consigo eternamente
Vivirán, mientras al mundo el sol caliente.

CXXIII.

Fueron así cortando el mar sereno
Con viento siempre manso y nunca airado,
Hasta que á ver volvieron del terreno
Patrio el cielo, y el nido siempre amado.
Entran por el bocal del Tajo ameno:
Y á su patria y su Rey muy venerado
La gloria y premio dan, pues él la manda,
Y con títulos nuevos hoy la agranda.

CXXIV.

Musa, no más; que ya la lira tengo
Destemplada, y la voz enronquecida;
Y no del canto, mas de ver que vengo
A cantar á una gente ensordecida.
No da la patria, no (yo lo sostengo),
Al ingenio favor; que está sumida
En el lucro no más, y en la aspereza
De apagada, y sombría, y vil tristeza.

CXXV.

Y no sé por qué influjo del destino
No goza esa alegría altiva y clara
Que los ánimos alza de continuo,
Y hace dar al trabajo leda cara.
Por eso vos ¡oh Rey! á quien divino
Querer el regio solio vos depara,
Mirad que sois (y ved las otras gentes)
Monarca de vasallos escelentes.

CXXVI.

Ved cuán contentos, por tan varias vías,
Como leones van, y bravos toros,
Dando el cuerpo á las penas más impías,
Al ruego, y fierro, y flechas, y Peloros:
A caliente region, y á playas frias:
A los golpes de idólatras y Moros:
A peligros incógnitos del mundo,
A naufragios, á peces, al profundo.

CXLVII.

A todo, en el servicio vuestro, listos,
 Y tan lejos de vos, siempre obedientes
 A los mandatos vuestros imprevistos,
 Sin dar respuesta, alegres y pacientes:
 Con saber solo que de vos son vistos,
 Por vos embestirán hornos ardientes,
 Demonios del infierno pavoroso,
 Y os sacarán de todo victorioso.

CXLVIII.

Favorecedlos luego y alegradlos
 Con vuestro halago y vuestra real presencia;
 De rigurosas leyes aliviadlos,
 Que así se abre el camino á eterna ciencia:
 A los ejercitados levantadlos,
 Si hermanan la virtud con la esperiencia,
 Hasta el consejo vuestro, pues que saben
 Cómo, y cuándo, y á dó las cosas caben.

CXLIX.

Segun es su valer en sus oficios,
 Que á todos sostengais es bien presumo:
 Háganse religiosos ejercicios
 Por vuestra vida y regimiento sumo:
 Y ayuno y disciplina por los vicios,
 Y porque la ambicion tengan por humo;
 Que el católico bueno y verdadero,
 No busca gloria vana, ni dinero.

CL.

Tened á los de guerra en mucha estima,
 Pues con su sangre y su virtud ferviente
 No la ley sola, que de todo es cima,
 Mas las vuestras sostienen igualmente:
 Pues los que van á tan remoto clima
 A serviros con paso diligente,
 Vencen á más de los contrarios vivos,
 Lo que es más, los trabajos escesivos.

CLII.

Haced, señor, que nunca los pasmados
 Germanos, Galos, Ítalos é Ingleses,
 Puedan decir que son para mandados,
 Más que para mandar, los Portugueses:
 Consejo solo oid de ejercitados
 Que vieron largos días, hartos meses;
 Que aunque en talento grande mucho cabe,
 Mas, en los casos, el esperto sabe.

CLIII.

A Formion el filósofo elegante,
 Cómo Annibal, sabeis, escarnecia,
 Cuando del arte bélica, él delante,
 O daba esplicaciones, ó leia.
 El órden de la guerra militante
 No se aprende, señor, de fantasía,
 Estudiando, soñando ó discurrendo,
 Sino entrando, mirando y combatiendo.

CLIII.

Mas yo, que humilde y rudo trato de esto,
De tí no conocido ni soñado,
Sé que del más pequeño y más modesto
Sale el loor á veces acabado:
Ni del vivir me falta estudio honesto,
Con esperiencia larga misturado,
Ni este ingenio que viendo estás presente,
Cosas que se hallan juntas raramente.

CLIV.

Para servirte, brazo á guerras hecho:
Para cantarte, tengo mente incesa:
Solo me falta hallarte satisfecho,
Pues solo es tu poder quien mide y pesa:
Si eso Dios me concede, y si tu pecho
Toma de ser cantada digna empresa,
Cual, viendo en tí la inclinacion divina,
Ya la présaga mente vaticina,

CLV.

Ora haciendo que más que de Medusa
Tema la vista tuya el monte Atlante,
Ora rompiendo en campos de Ampelusa
Al Moro de Marruecos y Trudante;
A mi apacible y ya estimada musa
La haré que á todo el mundo de tí cante;
De suerte que Alejandro en tí se vea,
Sin que la dicha envidies Aquilea.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

- CANTO PRIMERO.—Navegacion de los Portugueses por los mares Orientales: celebran los dioses un consejo: se opone Baco á la navegacion: Vénus y Marte favorecen á los navegantes: llegan á Mozambique, cuyo gobernador intenta destruirlos: encuentro y primera funcion de guerra de los Portugueses contra los gentiles: levan anclas, y pasando por Quiloa, surgen en Mombaza. 3
- CANTO SEGUNDO.—Instigado por el demonio, pretende el Rey de Mombaza destruir á los navegantes: dispónelos traiciones bajo el fingimiento de amistosa acogida: Vénus se presenta á Júpiter é intercede por los Portugueses: él le promete favorecerlos, y le refiere, como en profecía, algunas hazañas de aquellos en el Oriente: Mercurio se aparece en sueños á Gama, y le advierte que evite los peligros que le amenazan en Mombaza: leva anclas y llega á Melinde, cuyo Rey le recibe y hospeda benigna y generosamente.
- CANTO TERCERO.—Vasco de Gama hace al Rey de Melinde una estensa narracion, en que, despues de una sucinta descripcion geográfica de Europa, le